

Una natural sobrenaturalidad

Nicolás Etcheverry

*"Que sepas, a diario y con generosidad, fastidiarte alegre y discretamente para servir y para hacer agradable la vida a los demás. Este modo de proceder es verdadera caridad de Jesucristo"*¹.

Siempre me ha parecido un rasgo esencial del Fundador del Opus Dei la unidad de su modo de ser: su temperamento y carácter estaban perfectamente hilvanados con su constante presencia de Dios. Y esa naturalidad de estar en Dios sin dejar de ser quien es, se la pedía también a todos los que querían ser mejores cristianos. El llamado universal a la santidad que proclamó a viva voz y a los cuatro vientos, no supone cambiar de estado, de profesión o dejar de realizar las actividades honestas y normales de cualquier hombre de la calle. Por ello me ha parecido importante destacar este aspecto en la figura de Josemaría Escrivá que –de manera a veces no consciente ni querida– tanto se vincula a la docencia, entendida en su sentido más amplio y general.

El primer contacto

El año 1972 fue para mi crucial por dos razones: a fines de marzo conocí personalmente a Josemaría Escrivá de Balaguer y en la primera semana de abril falleció mi padre. Estos dos sucesos incidieron en mi vida cambiándola profunda y decisivamente. Ambos hechos están más

¹ Forja, n. 150.

relacionados de lo que a simple vista puede parecer.

Josemaría Escrivá era conocido y tratado por las personas vinculadas de una u otra manera al Opus Dei como “el Padre”. Y ello porque se daba una relación de cariño filial entre el Fundador y todos los que habían recibido y aceptado su mensaje de buscar la santidad en medio del mundo, que se plasmaba de diversas maneras: reuniones con centenares de personas que le hacían preguntas o confidencias personales y le pedían consejos, intercambio de cartas, y también encuentros casuales y breves en los que el buen humor y el afecto surgían en forma inmediata. Todo esto y mucho más –difícil de describir en palabras– encarnaba la relación entre el Fundador del Opus Dei y sus hijos espirituales, a quienes les inculcaba una cierta forma, un cierto estilo de buscar la santidad en y a través de las cosas cotidianas.

Por todo ello, 1972 fue un año decisivo en mi vida. Desde dos o tres años antes había empezado a conocer algunos escritos de Escrivá, sobre todo *Camino*, *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer* y algunas homilías recopiladas más tarde en *Es Cristo que pasa*. A través de esas lecturas me había hecho una imagen concreta (y muy errónea por cierto) de lo que podía ser la personalidad de su autor: mucha seriedad, pausas al hablar, una segura solemnidad al dirigirse a los demás y un caminar lento, con algunos rasgos de realeza. En la última semana de marzo del referido año tuve la oportunidad de comprobar cuán equivocadas estaban mis imágenes, teorías y especulaciones.

Había concluido mis estudios de bachillerato y con mis padres viajé a Europa durante el receso previo al ingreso a la Universidad. Mientras ellos permanecieron en París, me trasladé a Roma en donde se desarrollaba, en una de sus primeras instancias, el Congreso UNIV, que nucleaba a centenares (hoy ya son miles) de estudiantes de todo el mundo. En dicho Congreso se plantean, investigan y exponen temas de variadísimo interés académico, con el fin de dar un tono más cristiano a las ciencias, las artes y la cultura en general. Además de esto, el Congreso tenía, tanto en aquel entonces como en la actualidad, dos puntos de referencia y atracción adicionales que al día de hoy han pasado a ser una tradición: todos los estudiantes congregados en Roma suelen ser recibidos en audiencia por el Papa y participar también de un encuentro con el Prelado del Opus Dei.

En mi primer encuentro con Josemaría Escrivá, aquello que mi mente había elaborado a través de lecturas y comentarios ajenos se vino abajo. Me hallaba junto con otros sesenta o setenta jóvenes entre los cuales había peruanos, venezolanos, franceses y belgas, esperando su

llegada en una sala de estar de Villa Tevere, sede central del Opus Dei en Roma.

Con paso rápido y decidido, y con una gran sonrisa, entró en la sala un sacerdote al que no era fácil dar con su edad, dada la agilidad de sus movimientos. Se sentó en una de las tantas sillas –no en un sillón especialmente reservado para él– que en semicírculo se habían dispuesto, y los demás nos apeñuscamos, sentados o acucillados en torno a Escrivá. Enseguida comenzó el diálogo. Luego de darnos la bienvenida y de pedirnos en forma muy clara y sencilla que tuviéramos mucho cariño al Papa y que rezáramos por sus intenciones, continuó con un *“Preguntad lo que queráis”*.

Dos intervenciones casi sucesivas en el tiempo me marcaron a fuego. En la primera, un joven venezolano que se encontraba justo al lado del Padre, manco de un brazo y que jugaba espléndidamente al fútbol (lo supe por experiencia propia, pues tuve la suerte de jugar con él en un partido nocturno en el Centro Elis) le preguntó sin más vueltas:

- Padre, ¿qué es lo que en estos momentos lo hace más feliz?

Y sin dudarle también un solo instante, el Padre respondió mientras lo atraía a sí mismo en un medio abrazo:

- *¡Estar al lado tuyo!*

Nada de elucubraciones profundas o complicadas. Sólo un espontáneo, natural y sincero cariño por el otro, un afecto desbordante y auténtico.

No habían pasado diez minutos cuando recibí el segundo impacto, fruto también de otra pregunta:

- Padre, ¿cómo fundó el Opus Dei?

Y la respuesta vino sin titubeos:

- *No lo sé. ¿Le preguntarías tú a un pincel por qué pintó un cuadro de Rafael? Pues yo he sido simplemente eso, un instrumento, un pincel.*

Por segunda vez en poco rato, yo esperaba una respuesta larga, pormenorizada y con ciertos rasgos de trascendencia. Al fin de cuentas, no cualquiera es Fundador de una institución de la Iglesia que reunía ya entonces a más de 60.000 personas. Pero nada de eso ocurrió. Ahí, en ese mismo instante, me di cuenta de que estaba frente a un hombre tan como cualquiera y, a la vez, tan fuera de lo común. Me persuadí de que esa persona que nos hablaba así era un sacerdote tan santo como normal. Y es precisamente esa *natural sobrenaturalidad* la que me hizo comprender en

² Años más tarde pude comprobar que esta forma de pensar la venía desarrollando desde muchos años atrás cuando por ejemplo escribía: *“¿Se levanta acaso un monumento a los pinceles de un gran pintor? Sirvieron para plasmar obras maestras, pero el mérito es del artista. Nosotros -los cristianos- somos sólo instrumentos del Creador del mundo, del Redentor de todos los hombres”*, ESCRIVÁ DE BALAGUER, Josemaría, *Es Cristo que pasa*, Ed. Rialp, Madrid, 1999, p. 25.

vivo y en directo, mucho mejor que mil lecturas, el mensaje de búsqueda y vivencia de la santidad en medio de las cosas más ordinarias.

Pocas horas después de ese primer encuentro con Josemaría Escrivá tuve que regresar de urgencia a París, pues mi padre había sufrido un imprevisto quebranto de salud y fallecería tres días más tarde a causa de un infarto. O sea que en menos de una semana cambió mi vida, pues pasé a tener a mi padre en el cielo y a considerarme más hijo espiritual de un sacerdote que –con su sola presencia– educaba más que mil palabras.

Luego de aquel primer encuentro, tuve el privilegio inmenso e inmerecido de poder estar otras pocas veces con el Padre. Pero esa primera vez fue la que me mostró en forma clara y terminante la idea tantas veces transmitida por él, de que no es necesario salirnos de nuestro sitio, dejar de hacer lo que hasta entonces hemos hecho, para ser mejores cristianos. Por el contrario, Dios nos busca y nos llama ahí donde estamos, en nuestras ocupaciones habituales y con nuestro modo de ser, con nuestra forma cotidiana de hablar y de comportarnos (sin perjuicio de que siempre habrá algo que corregir para mejorar). Sin lugar a dudas, Dios no quiere que dejemos de ser lo que somos para buscar la santidad.

Esto lo señalaba con especial énfasis y claridad San Josemaría, cuando expresaba que Dios llama a cada uno por su *nomignolo*, por su sobrenombre o nombre de pila familiar: *“Otra vez se oyen los silbidos del buen Pastor, con esa llamada cariñosa: ego vocavi te nomine tuo (Is.XLIII, 1). Nos llama a cada uno por nuestros nombres, con el apelativo familiar con el que nos llaman las personas que nos quieren. La ternura de Jesús, por nosotros, no cabe en palabras”*³.

El Fundador del Opus Dei preconizaba este llamado íntimo y personalizado cuando en una reunión, ya fuera de decenas o miles de personas, se dirigía a quien le había hecho una pregunta o un comentario. Cada uno se sentía respondido o aconsejado como si no hubiera en ese lugar más de dos personas: el Padre y él. La mirada y las palabras de Josemaría Escrivá abrazaban y encendían el corazón del otro de una manera difícil de explicar y de transmitir.

A modo de legado

Josemaría Escrivá pretendió inculcar la natural sobrenaturalidad que vivió en todos los cristianos, luchadores que ganan y pierden en las mil y una escaramuzas interiores que libran contra su propio yo, a lo largo de sus vidas.

³ *Ibidem*, p.131.

Ser auténtico, no dejar de ser quien se es en ningún momento, requiere coherencia, o como él lo expresaba, "*unidad de vida*". Coherencia para no adoptar poses o actitudes según el lugar y las personas que nos rodean. La naturalidad, vivida a toda hora, es una disposición de vida y debida, que echa raíces junto con el buen humor o la serenidad y es necesaria para que crezcan todas las virtudes que conforman la personalidad de un hombre que busca la santidad. La naturalidad es la que justamente le permitía tratar a cada persona de la misma manera, sin importarle la jerarquía o la importancia del cargo que ocuparan. También le impulsaba a sostener que los cristianos deben estar inmersos en todas las realidades del mundo sin por ello ser mundanos, es decir, frívolos y superficiales.

Resulta por demás evidente que el buen humor fue una actitud y una característica sobresaliente en Josemaría Escrivá. Sirva como ejemplo el texto recogido por José Luis Soria: "*Muchas veces me pedís: Padre, dígame una jaculatoria. Yo os daría una zurra*". Cuando las risas se apagaron, continuó: "*¿Una jaculatoria? Pero, ¿es posible que vosotros no sepáis hablar con el corazón a la gente? ¿Cómo hubierais hablado a la novia? ¿Qué queríais? ¿Que os soplaran para charlar con la novia? Pues para hablar con Dios Nuestro Señor, lo mismo. He dicho una jaculatoria, que oí a una persona. La gente se ríe mucho, pero era una buena jaculatoria. Uno que estaba ya cansado, y decía: Señor, ¡estoy hasta las narices!*"⁴.

Al mismo tiempo, esa naturalidad estaba impregnada de sobrenaturalidad. Y ello, porque Josemaría Escrivá había adquirido el hábito de referirlo todo, absolutamente todo, a Dios. Así, desde su primer minuto al despertarse, pasando por la lectura de los diarios o la visión de los informativos en el televisor, hasta los ratos de oración, la celebración de la Santa Misa, los trabajos administrativos, la redacción de cartas u homilías, las conversaciones con las personas que se entrevistaban con él, sin descuidar las horas del almuerzo o de la cena, e incluso el sueño -llega un momento en el que se puede rezar hasta durmiendo, decía- todo esto le servía de ocasión para referirlo a Dios, charlar con Él, agradecerle, alabarle o pedirle perdón.

Esa natural sobrenaturalidad no es fácil de adquirir. Uno podría creer cándidamente que Josemaría Escrivá obtuvo esta actitud sin esfuerzo, que era connatural a él, pues casi habría nacido con ella. Hubo de luchar mucho para lograrla.

Una vez obtenida, es mucho más fácil contagiar esa actitud.

⁴ SORIA, José Luis, *Maestro del Buen Humor*, Ed. Rialp, Madrid, 1994, p. 59-60.

Respecto a esto me permito citar casi textualmente un pasaje de Víctor García Hoz: “Es muy común pensar que la educación se inicia –y se continúa– con la palabra. Pero tal idea encubre un error, el olvido de que basta la pura presencia de un hombre para que ejerza cierta influencia sobre los demás. El padre empieza a influir en sus hijos cuando entra en la casa, y sigue influyendo en ellos, aunque no hable, con sus actitudes, sus gestos, sus obras, todo lo que se llama lenguaje corporal. Y otro tanto se puede decir del maestro entrando y actuando en el aula donde corrientemente ejercita su función magistral. El modo de estar el padre en la casa, el modo de sentarse, el modo de andar por ella, así como el modo de entrar y estar en la clase el profesor, son los primeros elementos educativos que inciden en la educación del hijo o del alumno”. Y más adelante agrega: “Se trata del llamado aprendizaje implícito, que se adquiere en la misma vida cotidiana en virtud de un proceso inconsciente y automático”⁵.

La sintonía natural entre lo humano y lo divino fue, a mi entender, una de las poderosas razones que explican por qué Josemaría Escrivá influyó tanto en las personas. Esta era su “receta” apostólica y esta fue su “fórmula” pedagógica: vivía lo que enseñaba y enseñaba lo que vivía. Quería enseñar y enseñaba queriendo. Su afán por las almas hacía que se volcara plena y continuamente a educar; primero con el ejemplo y después con las palabras. Había una compenetración plena entre su vocación de sacerdote y su vocación de educador, de guía y orientador. Sin interrupciones, desde la mañana a la noche, en todo lo que realizaba dejaba huella educadora. Nunca trataba a las personas en serie o impersonalmente. Siempre intentaba llegar al otro en su más profunda intimidad. Y esto era fácil de captar, por eso resultaba tan difícil –por no decir imposible– permanecer indiferente o frío una vez que se le conocía.

El último encuentro

Fui testigo presencial de esta entrega plena y continuada a los demás cuando estuvo en Buenos Aires en 1974. En una reunión en el Colegio de Escribanos, a la que asistieron centenares de personas, estuve sentado muy cerca del estrado y del no muy amplio pasillo por donde debía ingresar. Cuando a las once de la mañana, puntualmente, se supo que el

⁵ GARCÍA HOZ, Víctor, *Tras las huellas del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer (Ideas para la educación)*, Ed. Rialp, Madrid, 1997, p. 62-63.

Padre estaba arribando, nos pusimos de pie y expectantes miramos hacia el sitio por donde aparecería. Desde mi lugar pude divisarlo unos cuantos metros y segundos antes de que entrara en la sala. Me impresionó. Su cara y sus gestos reflejaban cansancio, o más aún, un gran agotamiento. Por momentos parecía apoyarse mucho en quien, brazo con brazo, lo acompañaba. Era casi como si se estuviera dejando llevar, sin ofrecer resistencia.

Pero al entrar en la sala donde lo esperaban cientos de personas, cambió su semblante y su actitud: se irguió sonriente como si nada le ocurriera. Nadie podría haber pensado en ese momento que se encontraba ante una persona agotada.

Y esta es precisamente la natural sobrenaturalidad a la que hice referencia. Era natural, porque esa actitud de darse a los demás la tenía plenamente incorporada a su forma de vida. Era natural también que un hombre de setenta y dos años se cansara con un ritmo de vida tan intenso.

Pero era a la vez sobrenatural. Porque esas fuerzas le venían de fuera, o mejor dicho, de arriba. Esas fuerzas provenían de Dios que insufla su Espíritu y su Amor en forma intempestiva y arrolladora a las personas: *"La acción del Espíritu Santo puede pasarnos inadvertida. Pero la fe nos recuerda que el Señor obra constantemente; es El quien nos ha creado y nos mantiene en el ser; quien con su gracia, conduce la creación entera hacia la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Por eso, la tradición cristiana ha resumido la actitud que debemos adoptar ante el Espíritu Santo en un solo concepto: docilidad"*⁶.

Josemaría Escrivá vivió la docilidad hasta el último de sus días en esta tierra. Hasta que su físico ya no le respondió más, siguió educando con el ejemplo y con la palabra; con la teoría y la praxis unificadas, entregándose con suprema generosidad a todos los que le rodeaban, sin distinciones de ninguna clase.

La grandeza de lo pequeño

El lector podrá advertir que nada de lo relatado ha sido extraordinario. Y es éste precisamente otro de los incontables tesoros que este sacerdote le ha dejado al mundo: captar y transmitir la importancia de la vida ordinaria y de los detalles chicos para el cristiano.

Los treinta años de vida oculta de Cristo fueron interpretados por él como un mensaje claro y esencial. Fueron tan importantes como sus tres años de vida pública, a pesar de haber quedado relegados en comparación

⁶ *Es Cristo que pasa*, p. 273-274.

con estos últimos. Ese Dios escondido, al realizar tareas humanas sin brillo ni destaque, (“¿No es acaso éste el carpintero, el hijo de María?”⁷; “¿No es éste el hijo de José?”⁸) nos estaba enviando una señal que durante siglos pasó inadvertida: todo lo que haga el hombre, por minúsculo que sea, puede transformarse en importante y fecundo si lo hace para la gloria de Dios. El descubrir la grandeza de las cosas pequeñas fue otra de las joyas dejadas por Josemaría Escrivá en ese arcón invisible y precioso, tesoro actual y perenne de la cristiandad. Entendió cuan importante era ese mensaje del Dios encarnado, que trabajó en las tareas cotidianas de su tiempo, con cansancio, con esfuerzo, pero también con buen humor y con sonrisas. Sí, la sana alegría y risa es cristiana, y ojalá podamos verla cada vez más reflejada en el arte cristiano de los tiempos futuros, a efectos de mostrar que el Cristo doliente, grave y sufriente, es también el Señor que sonríe y hasta ríe con las cosas buenas y con las travesuras sanas de sus hijos.

Y después de haber descifrado este mensaje divino de vivir santamente lo oculto y ordinario, Escrivá de Balaguer lo vivió y comunicó a todos cuantos quisieran oírlo. De ahí la importancia que adquiría para él una puerta bien cerrada, sin golpes, para no molestar a otros, u ordenar los papeles de un escritorio al finalizar una jornada de trabajo, o sonreír aún en los días y momentos que esa sonrisa cuesta un poco más. Bastan para ilustrar la importancia que le asignaba Josemaría Escrivá a las cosas pequeñas, estas dos reflexiones de Camino: “¿Has visto cómo levantaron aquel edificio de grandeza imponente? Un ladrillo, y otro. Miles. Pero, uno a uno. Y sacos de cemento, uno a uno. Y sillares, que suponen poco, ante la mole del conjunto. Y trozos de hierro. Y obreros que trabajan, día a día, las mismas horas. ¿Viste cómo alzarón aquel edificio, de grandeza imponente? ¡A fuerza de cosas pequeñas!”⁹. “¡Cuántos que se dejarían enclavar en una cruz, ante la mirada atónita de millares de espectadores, no saben sufrir cristianamente los alfilerazos de cada día! Piensa, entonces, qué es lo más heroico”¹⁰.

Quizás ahora el lector pueda comprender mejor cómo –a través de un espontáneo y cariñoso abrazo a un joven venezolano, o una inmediata aserción de considerarse mero instrumento, o el súbito sobreponerse al agotamiento apenas traspasada una puerta– Josemaría Escrivá fue dejando en mi un ejemplo imborrable de vida.

⁷ Mc 6,3.

⁸ Lc 4, 22.

⁹ Camino, n. 823.

¹⁰ *Ibidem*, n. 204.